

POSIBLE PARA TODOS



Qué suerte la mía de haber podido salir de parranda muchas madrugadas del día 20. De haber podido compartir brindis, risas, reencuentros y tantos momentos inolvidables gracias a esta fiesta. Incluso cuando era joven y vivía en Lesaka, qué suerte he tenido de haberme podido desplazar a Donostia y vivir al máximo desde la Consta la emoción de escuchar, tocar de forma improvisada y cantar las marchas de Sarriegui junto a mis amigos. Y qué suerte tengo de poder seguir haciéndolo todavía, casi con las mismas fuerzas. Los años, ya sabe, no pasan en balde para nadie.

Ahora disfruto de la Tamborrada viviendo en esta ciudad maravillosa en la que nací. Abandoné el Centro y me pasé a disfrutarla por el Antiguo primero y en Gros después, donde resido ahora. Con menos gentío pero con la misma energía y la mayor de las ilusiones. Una suerte, porque, al fin y al cabo, ésta es una fiesta para todos, repartida por los barrios, pero que aun así no todos la pueden disfrutar por igual.

Lo sé porque en mis años de trabajo en la DYA he visto los problemas que tienen las personas mayores, enfermas o con movilidad reducida para hacer lo que para los demás es algo cotidiano en esta celebración. Pero, sin embargo, me llena de orgullo saber que esta organización, la que yo presido, hace posible que el día de San Sebastián también sea una jornada memorable para ellos.

Me viene a la cabeza la mujer que está en silla de ruedas y que ayer pudo subirse al tablado gracias a la ayuda de nuestros voluntarios y voluntarias. O esos ancianos que pueden llamarnos, si lo necesitan, para echarles una mano a bajar de sus casas para que vean a sus nietos desfilar en la Tamborrada Infantil. Las sonrisas de sus rostros no tienen precio.

Esta año la DYA también está ahí. En un segundo plano, discreta, pero alerta. Con sus ambulancias en la plaza Sarriegui y en Ijentea. Con sus voluntarios y voluntarias vigilantes para hacer que nada pueda entorpecer la fiesta. Para hacer que esta alegría sea posible para todos.